





EL ORO IRLANDÉS



José M^a Gil Cruces

EL ORO IRLANDÉS



Primera edición: diciembre de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José M^a Gil Cruces

ISBN: 978-84-16824-98-4

ISBN digital: 978-84-16824-99-1

Depósito legal: M-34693-2017

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España





PREFACIO

Querido Angus,

Cuando me encuentro en la antesala de la muerte, una vez que el Creador llame a mi puerta reclamando a este pecador ante Su Presencia, te ruego que escribas la sencilla saga que he vivido de manera tan intensa. Aunque tu oficio sea el de contador de historias y no el de escritor de batallas, no te faltarán capacidades para dar a conocer al mundo las muchas vicisitudes por las que hemos pasado; tan solo prométeme que las cenizas que defenderán mis huesos de todos los enemigos del cuerpo humano, serán esparcidas a los cuatro vientos por nuestros páramos. Con tu portentosa memoria, seguro que sabrás encontrar sentido a toda una vida de luchas y sacrificios. Espero que cuides de tu hermano como de ti mismo y que el buen Dios te bendiga por siempre.

Tu Amado,

ERNESTO



PRÓLOGO

Norte de Irlanda. Verano de 1588.

En la vida de cualquier hombre de armas, las inquietudes más importantes se presentan de manera inesperada, algo parecido a como actúa el viento con un marino avezado: a menudo el protagonista ignora si las ráfagas van a resultar apacibles o por el contrario, habrá que esperar un tipo de soplos más favorables.

Cuando Ernesto Salvatierra asimilaba con la forzada lentitud que implica el paso de los meses, cómo sería su morada para los próximos años, quizás para el resto de su vida, comprendió que tendría que mover ficha en el tablero de su vida. Ningún ser humano puede permanecer eternamente atrincherado por muy cómodo que se encuentre en su refugio dorado.

El aspecto positivo de su situación lo tenía más que claro: lo peor había pasado. Una vez dejados atrás los miedos, fobias y variados tipos de pesadillas que asaltaban su cabeza como hicieron los malditos brutos incendiarios en el Paso de Calais, comenzó a valorar determinadas tesituras positivas que, dada su delicada posición, paradojas de la vida, no eran pocas.

Por azares del destino, con ayuda de la Virgen Santísima y la inestimable aportación de las traviesas ráfagas del viento, el joven Ernesto había ido a parar a algún lugar más que remoto de la isla de Irlanda.

Estaba casi completamente convencido de que se hallaba en el punto más septentrional de la Pequeña Bretaña, pero no de la península bretona ubicada al oeste del continente europeo y usurpada a Francia mucho tiempo atrás por los ingleses, sino que la intuición de Ernesto iba

algo más lejos: ni más ni menos, se sentía arrojado a la más pequeña de las Islas Británicas, desde una concepción auténticamente hispana. Ese dato, siendo en principio de lo más intrascendente, si se analizaba con el debido rigor geográfico, resultaba esperanzador, pues en apariencia, las principales guarniciones de los ingleses se encontraban muy alejadas de «su» aldea de acogida.

Como siguiente dato cargado de ilusión, las baterías costeras y las posibles torres vigía brillaban por su ausencia, pero lo más importante: en todo el tiempo que vagabundeaba por aquellas agrestes tierras, Ernesto nunca había padecido la visita de ningún hombre de armas uniformado o de paisano y, ciertamente, la hoja de acero extranjera más grande que había visto hasta ahora en la Isla Verde no tenía punto de comparación con las utilizadas en la península de su Iberia natal. Entre todas estas herramientas de combate y persuasión, destacaba su amada vizcaína, gran hierro forjado en Toledo y parido en Albacete, fruto del amor verdadero entre el más templado de los aceros unido a la más clásica de las versiones afiladas en la autodefensa, y de la que tenía promesa de no separarse bajo ningún concepto. De ahí a volver a nacer, apenas si existía alguna diferencia para el joven soldado si se tiene en cuenta el beligerante momento histórico que le había tocado soportar a Ernesto en los giros de la rueda de la fortuna.

Como alférez de la Compañía de don Francisco de Guardia, había oído alguna vez el relato por boca de su propio capitán. El hecho determinante era que no menos de nueve mil hombres habían zarpado desde la rada de Lisboa, el llamado puerto de las Lágrimas, donde la disentería, el escorbuto y la malaria llegaban a bordo de los galeones desde lejanas tierras recién descubiertas, atrapados todos esos males y dolencias en los cuerpos de exhaustos marinos que eran recibidos por un ejército de menesterosos, prostitutas y mendigos olvidados todos de una esquiva fortuna. Los famélicos estibadores portugueses buscaban en aquellos hijos pródigos alguna moneda que aliviara sus penas, pero en aquel verano del año de nuestro Señor de 1588, el objetivo no estaba puesto en el puerto de Lourenço Marques en Mozambique, o en el de Goa en la lejana India, ni mucho menos en algún enclave remoto a lo largo de la península de Indochina.

Ahora, la corona hispano-lusa trataba de imponer algunas notas de orden entre el descomunal desorden provocado por los herejes ingleses.

Un poco antes, la Armada tendría que efectuar una «parada técnica» en los Países Bajos para la recogida de don Alejandro Farnesio, el Duque de Parma, quien no embarcaría precisamente solo. Entre las ciudades de Ostende, Amberes y en especial en Dunquerque, más de veinte mil veteranos de todas las Españas, curtidos en mil contiendas a través de media Europa, navegarían junto a la felicísima Armada y sumarían una cifra de ataque espectacular para la realización con éxito, Dios mediante, de la añorada invasión a Inglaterra.

Sin embargo, el Rey propone y los elementos disponen. Afortunadamente en nuestra historia, el hecho de no poder recoger a Parma y los suyos hizo que los afamados Tercios de Flandes no sufrieran ni una sola baja. No todos los soldados españoles podrían decir lo mismo pocos meses más tarde, ni siquiera pensar en algo parecido.

En ese momento de su existencia, los recuerdos se juntaban agolpados en la atribulada mente de Ernesto Salvatierra. El pasado más oscuro parecía un vistoso brillante frente a las tinieblas que ofrecía su presente y se confundía en ocasiones en una mente que pese al correr de los años, aún no había aceptado el designio marcado por un destino cruel; tampoco ayudaba un territorio donde ningún mortal sabía a ciencia cierta si a la mañana siguiente amanecería con vida y con algún producto comestible a mano para echarse a la boca.

Hasta el avistamiento de las Islas Sorlingas, al suroeste de Inglaterra, la travesía desde Lisboa, salvo algún pequeño contratiempo, había sido calificada por los mandos de la flota como aceptable. Bien es cierto que tuvieron que atracar en el puerto de La Coruña, esperar buenos flujos del sur y reabastecerse de bastimentos y víveres variados, en especial de algunos vinos y bastantes bizcochos, avinagrados aquellos, mohosos éstos; pero no parecían problemas mayores para la espartana crianza de la mayoría de los hombres de la mar que conformaban la Flota.

En cambio, una vez que la Armada efectuaba su entrada en la zona del Canal, los pequeños manchones rojinegros que ensuciaban la mar comenzaron a ennegrecer las aguas en el mismo instante en que se abrieron las puertas de todos los infiernos en forma de pequeños brulotes incendiarios manejados con gran habilidad, resulta de justicia reconocerlo, por una enorme multitud de herejes emparentados todos ellos por línea paterna con el mismísimo demonio.

Los diminutos barcos eran lanzados ardiendo de manera brutal a es-
tribor de las pinazas, galeones, galeras o urcas de la flota de las Españas,
por toda una caterva de calvinistas holandeses, hugonotes franceses,
presbiterianos escoceses y luteranos de muy variada estopa, incluidos un
pequeño racimo de la fruta más selecta de los anabaptistas helvéticos,
atraídos como lobos hambrientos frente a los establos ante la llamada
que el tintineo de las monedas españolas ofrecía a cualquiera de los oí-
dos de la «moderna» y civilizada Europa. El conjunto representaba una
manada acuática repleta de protestones que, de manera harto delicada,
la gente de bien denominaba como protestantes, simplemente porque
llenaban sus bolsas con las sonadas protestas. O al menos lo intentaban
con mayor o menor fortuna, como en todos los aspectos de la vida, pero
siempre con todas las fuerzas que su mala fe les procuraba.

Sin embargo, y en honor a la verdad, los herejes se autodefinían
como «reformadores», con tantos tipos de reformas como gamas de
colores. El arco iris resultante quedaba en pañales ante la variedad de
renegados de la fe católica, con un producto final a la carta y al gusto de
cada uno de los traidores de su credo primigenio.

Cada uno de los Luteros, Calvinos, Enriquez, Zwinglios o Cranmers
intentaban como lo que eran, auténticos heresiarcas de conveniencia,
una adecuación de su falsa doctrina a la gran farsa que implicaba la de-
fensa de sus propios intereses. Lo mismo daba que lo hicieran con 95
tesis pinchadas en las puertas de una iglesia alemana, o con 42 artículos
de aparente religión, redactados, por ejemplo, para que un pésimo rey
pudiera divorciarse de una gran reina y mejor mujer. En el fondo, ac-
tuaban como esos niños caprichosos que alteran las reglas de los juegos
infantiles para ganar siempre en sus pequeñas contiendas.

«Con padre —pensaba Ernesto— tenían que haber topado».

«Los problemas terrenales solo se solucionan —recitaba su humilde
progenitor—, si se arreglan en menos de tres días. Más allá de ese plazo
de tiempo, se eternizan sin arreglo».

Casi siempre le sobraban dos jornadas, y en este caso en concreto,
sospechaba Ernesto, su padre aplicaría su reforma particular. Es decir,
daría una nueva forma a la cara de tanto rebelde cismático de tres al
cuarto. Todo el mundo intentaba la consecución del mismo objetivo de
supervivencia en este tipo de empresa tan complicada que es la vida des-

de el mismísimo comienzo de los tiempos, y nadie había armado tanto ruido como esos redomados protestones.

Pero si ciento treinta navíos, orgullo de la más majestuosa flota contemplada hasta entonces por el ojo del hombre, eran arrinconados hacia el oeste por la pólvora, el velamen incendiado y el fuego griego que lanzaban viejos cascos de madera podrida que no valían mucho más de dos maravedíes, entonces el asunto no pintaba nada bien.

Ernesto recordaba también el estribillo que su sabia madre repetía durante aquellas larguísimas tardes de calima en los veranos de los Pedroches: «Hijos míos, no os quejéis tanto porque siempre se puede estar peor». Incluso mucho peor, añadía él mismo de su propia cosecha, ya que los infames holandeses añadieron a la primera media docena de brulotes algunos cañones con las mechas encendidas con un resultado desastroso: se volvieron locos disparando de manera indiscriminada con el resultado de la creación de más pánico que daños propios o ajenos. Nadie conoce la libertad que el miedo es capaz de alcanzar hasta que no es puesto en las circunstancias adecuadas.

El comandante de la Armada, Capitán General del mar océano, no lo dudó un instante: había que salir de manera rauda de aquella ratonera, pero la única puerta abierta se encontraba hacia el norte. Solo existía un pequeño problema: el duque de Medina Sidonia, sustituto a su pesar por orden del Rey, del recientemente fallecido don Álvaro de Bazán, comprendió que se debería rodear la Gran Isla de Bretaña, doblar Escocia hacia el oeste y, una vez adentrados en el Atlántico, marcar rumbo sur-sureste hacia la península Ibérica; era una empresa no exenta de tres mil millas de peligros. Pero era el negocio que había que realizar si aquellos valientes querían vislumbrar de nuevo la silueta de la querida España. Podrían efectuar la vuelta a casa en orden de batalla naval o de manera anárquicamente desordenada. Pero la clave residía en volver.

Además de todo lo anterior, en la flota pululaba una multitud de hombres que no estaban acostumbrados a volver a casa acongojados sin más, como esos perros callejeros apedreados por una bandada de chiquillos que regresan a la seguridad del cortijo con el rabo entre las piernas.

Otros miembros de la soldadesca más profunda preferían asegurar ese regreso con la inestimable presencia de dicha cola, y si ésta se encon-

traba en su sitio, donde debía estar, mejor que mejor. El dilema estaba servido. En aquel negocio, como en tantos hechos de guerra, no existían cobardes ni valientes, sino hombres atrevidos o soldados prudentes. Dicho de otra manera: los que suelen reposar en los camposantos antes de tiempo, y los que ven crecer a los hijos de sus hijos al amparo de una buena lumbre. Con todo, lo peor estaba por llegar.

Nunca había asustado al ejército hispano un puñado de holandeses. De hecho, el bien amado Gran Duque, el de Alba, los estuvo metiendo en cintura desde aquellos años gloriosos en los que poner una pica en Flandes significaba para los hispanos una hazaña casi irrepitible. Incluso antes que él, la propia hermana del rey Felipe, Margarita de Parma, madre de Alejandro, había debatido, con mayor o menor fortuna, con la nobleza flamenca, holandesa y neerlandesa, solventando las múltiples diferencias entre las partes, en unos términos bastante claros desde su eficaz palestra de Gobernadora de los Países Bajos. Pero los episodios que se presentaban durante las fechas de nuestra historia, aguas adentro, en la fría mar ante los aterrados ojos de los españoles, resultaban diferentes.

Ahora, *les gueux de la mer*, esos que vestían con puritana sencillez, pero actuaban como lo que eran, auténticos mendigos del mar, de manera vil y traidora arrojaban pólvora encendida y diversos materiales incendiarios desde sus míseros filibotes convertidos en barcos de fuego, hacia unos navíos, verdaderos caballeros de la mar, que ningún miedo tenían a ninguna adversidad en este mundo, y mucho menos a unos esquifes ridículos, excepto precisamente a eso mismo: al fuego.

*

En aquellos momentos de relativa quietud, arropado bajo la capa de tranquilidad ofrecida por la aldea norteña, rodeado de una treintena de chozas que en la añorada tierra andaluza apenas tendría la categoría de un pueblucho venido muy a menos, los recuerdos de Ernesto luchaban por brotar más o menos ordenados, pese al desorden instalado en su atribulada cabeza.

Se habían cumplido ya seis años desde que un muchacho sin padrino entrara al servicio de la Corona. Aunque el cómputo del tiempo avanzaba ahora a unos ritmos diferentes, pocas veces acompasa-

dos a la percepción de un guerrero profesional; unas veces lo hacía a pasos agigantados; en otras ocasiones el tiempo transcurría con una lentitud exasperante, en especial desde que la desesperación que lo acompañó en su batalla personal de supervivencia marina desapareció de su vida tras su humilde arribada acompañado tan solo de la vergüenza en esa playa del norte de algún recóndito condado irlandés; por último, el hambre cedió su espacio a la simple miseria, quien se hizo cargo de su escuálido esqueleto; pero nuestro hombre no se quejaba. Ni siquiera se pasaba por su pensamiento esta posibilidad, pues no tenía ningún derecho a lamentaciones. Más bien se trataba de un privilegiado, un auténtico superviviente de aquel maremágnum que las Parcas de la Vida, en esta ocasión de la mano de la Fortuna, habían decidido conceder una segunda oportunidad en sus tejamañes. Por ello, tras la vuelta a la vida una vez visitado el infierno marino, el segundo nacimiento de Ernesto vio la luz unido a un cordón umbilical isleño. El alumbramiento merecía todos los respetos, pues nada bueno se construye en la vida de los mortales por medio del éxito; solo se aprende desde el fracaso.

Además, la mar es diferente. Nadie está demasiado seguro en una cáscara de nuez, aunque dicha quilla ennoblecida por tantas y tantas millas de navegación fuese capaz de trasladar de aquí para allá novecientas toneladas a través de un océano embravecido. Nadie puede intuir de dónde vendrá ni qué consecuencias tendrá la siguiente batida de un oleaje por definición dañino, que no traidor, debido a sus múltiples y continuados avisos a unos oídos que no quieren escuchar las advertencias. Nada permanece inmune a los arrebatos de la furia cuando Neptuno despliega la ira en todo su esplendor ya que no existe ningún viento favorable si no se conoce el puerto de destino. Y en ocasiones, ni así se recalca como es debido.

Cualquier hombre presente a bordo de un navío conoce a la perfección que ningún Almirante se hará a la mar sin haber entregado el alma a sus más íntimas deidades. Sin embargo, jamás aparecen en manual alguno de navegación las consecuencias de un choque entre un barco de madera diseñado para hundir el vigoroso tajamar entre las olas y los afilados arrecifes que buscan sin descanso las desnudas proas de los navíos en una costa fría, inhóspita y muy, pero que muy peligrosa.

En el caso de Ernesto, las treinta y dos toneladas del patache María Magdalena suponían la mínima expresión entre ese centenar largo de barcos dispuestos a someter a la pérfida Inglaterra. Era el suyo, si no el más pequeño, uno de los navíos de menor tonelaje, pero, por ende, de menos calado, y eso mismo, lo salvó en principio de la tragedia, al contrario que a tantos y tantos excelsos compañeros de viaje mucho más robustos y algo menos afortunados.

Los grandes galeones y galeazas, a menudo por encima de las mil toneladas de registro bruto, y en cualquier caso muy cercano a ellas, se movían majestuosos, pero no exentos de cierta torpeza cuando tenían que vadear, maniobrar o simplemente evitar los miles de farallones de esas costas tan olvidadas de la mano de Dios Nuestro Señor. No hay mejor defensa para cualquier territorio que aquellas altisonantes atalayas donde la mano del hombre ha permanecido encallada sin ninguna intervención.

En este aspecto, el norte y el oeste de la Isla Verde aparecían ante los ojos de cualquier observador como una auténtica fortaleza natural. En cambio, por levante, las llanuras costeras repletas de aguas bajas y, sobre todo, la proximidad de Inglaterra, solo separada de Irlanda por el estrecho canal de san Jorge, había convertido al sufrido pueblo *Irish* en un vasto territorio de servidumbre para los británicos, manejado a su antojo con mayor o menor dureza por todos los gobiernos de Londres. No existe confirmación fehaciente de que los ingleses alargasen los canales ensanchando ese angosto y poco profundo brazo de mar que separa la gran isla británica de las tierras flamencas y francesas, para distanciarse de la Europa continental cuando tienen problemas con sus vecinos orientales. Pero tampoco se conocen testimonios que lo desmientan.

En algún recóndito lugar de la retina de Ernesto, aparecía casi a diario aquella primera visión de la solitaria playa donde él mismo, sin más compañía que su propia desnudez, encalló un aciago día en aquel desgraciado verano de 1588, de infausto recuerdo.

Pocas veces el joven español había visto tan próximos a su piel los reflejos que la Pálida Dama refulgía, como cuando la muerte acudió en su busca aquella fría mañana en que un amenazante cuchillo de puño nacarado brilló demasiado cerca ante sus temblorosos ojos.

Desde que utilizaba el jubón real no recordaba el miedo a la muerte, y no pocas veces había realizado con y contra ella excitantes ejercicios de aproximación. Aun así, jamás hasta entonces ningún mortal le había levantado la cabeza tirando de su cabello y había amenazado con sajarle el cuello de un buen tajo. Por si este detalle no fuera bastante obvio, Ernesto era consciente de que no hay nada más peligroso en este mundo que un niño manejando las armas, blancas y cortantes o negras y ardientes como el fuego, como si de simples juguetes se tratara. La Señora de la Guadaña no admitía demasiadas bromas ni mucho menos concedía una segunda oportunidad al desgraciado que osaba retarla una vez que la Dama Segadora se había encaprichado de un cuerpo determinado.

Las fuerzas no es que le fallaran, recordaba perfectamente el joven; simplemente no sabían de su existencia tras dos días y tres noches en pleno y desigual combate contra el mar con el exclusivo socorro y única compañía de un mísero tablón de madera. Pero, sobre todo, Ernesto tenía siempre presente lo que le había salvado la vida una vez que la mar decidió arrojarlo a tierra firme. No fue la caridad cristiana, ni el necesario auxilio debido a cualquier náufrago. Ni siquiera se apiadaron de él los lugareños de aquel horrible páramo por su lamentable aspecto o por su extrema desnudez tan falta de la mínima dignidad exigida a cualquier persona. Nada de eso lo salvó del cuchillo que esgrimía aquel muchacho tan agreste.

El oro. Fue esa y no otra la mágica palabra inglesa, *gold*, la que calmó a aquellas primitivas bestezuelas disfrazadas de paupérrimos aldeanos.

Como viajero empedernido para su época, aunque de manera accidental, Ernesto conocía a la perfección el valor del áureo metal, hasta el punto de que no había mejor salvoconducto para ningún hombre vivo e incluso después de la muerte, en ningún rincón del mundo, en cualquiera de sus múltiples formas conocidas, pues el oro, como no se corrompe con el paso de los siglos, lleva implícita la garantía de la inmortalidad, un aval buscado por el hombre desde la noche de los tiempos. Lástima que por aquellas fechas Ernesto no conociera aún su traducción irlandesa, *ór*, mucho más cercana al idioma castellano. Al final de una vida de búsqueda del preciado metal con acierto desigual, tendría que darle la razón a su humilde padre cuando repetía hasta la saciedad: «Mientras más salvaje es un pueblo, más aprecia el oro».

Pese a todo lo anterior, Ernesto sabía de una excepción. Quizá no fuera sino una de esas historietas contadas por unos soldados aburridos que escoltaban los galeones de la Flota de Indias, pero también podría tratarse de un tipo de relato que invariablemente confirma que, efectivamente, esa regla existe, pues en el Nuevo Mundo, por alguna extraña razón, vivía un pueblo que despreciaba de tal manera el oro que, fundido a altísimas temperaturas, lo hacían tragar a sus prisioneros. Todo un ritual de ejecución al alcance tan solo de unos pocos privilegiados, aquellos que se podían permitir el lujo de una áurea ejecución.

«La totalidad de los barcos españoles van cargados de doblones, escudos, joyas y objetos variados, todos ellos de oro macizo», aparecía escrito en los ávidos ojos de los piratas ingleses que intentaban saquear la Flota de Indias. Por supuesto que esta lección fue aprendida con suma rapidez por todos aquellos enemigos del muy prudente Rey Felipe. Pero no hay mayor mentira que una verdad a medias, puesto que no todos los barcos españoles eran joyerías ambulantes, excepto para las ambiciosas mentes de los intrépidos limpiatesoros amparados bajo la enseña de San Jorge.

Quizás la fe moviera montañas¹, pero solo el oro compraba voluntades, trocaba a menudo las opiniones, alteraba en algunas ocasiones los resultados y, en demasiadas, oportunidades a precio de saldo. El paso de pirata a caballero se trataba tan solo de una pequeña cuestión de semántica interpretativa. Para los ingleses, la excusa resultaba clara: quien robaba a un ladrón, tenía cien años de perdón. Pues bien: los anglos ya solo disponían de cuatro años para la penitencia final, tras noventa y seis de latrocinio permanente a todo lo largo y ancho de los mares con especial esmero hacia los buques españoles.

Los capitanes y almirantes ingleses se convertían casi por arte de magia en unos perfectos piratas soñadores: mantenían dentro de sus esquemas mentales una máxima que daba sus frutos en algunas ocasiones. Solían decirse a sí mismos: «si combino el recuerdo que tengo del oro y el de un galeón español, soy capaz de imaginar un barco de oro»—. ¡Qué ilusos!

No era la primera vez que Ernesto había arribado a tierras de Irlanda. Recordaba el joven andaluz cómo hacía unos cinco años, quizás

1 Mateo, 17-20.

ya fueran seis, había participado en una operación de castigo contra el oficio que la piratería de Inglaterra ofrecía a sus navegantes menos escrupulosos; otros observadores lo habían interpretado como un simple movimiento envolvente del Rey de España para dejar a los britanos entre dos fuegos: Irlanda por el oeste y Flandes hacia el este. Existía otra opinión compartida por Ernesto, que justificaba la invasión como una acción de defensa hacia los perseguidos irlandeses, los *irish* a quienes el prudente Rey Felipe de todas las Españas quería proteger de la astucia de su propia cuñada, la Reina Elizabeth I, y muy en especial de la codicia de sus retorcidos y devotos anglicanos, más isabelinos que la propia Isabel, insaciables en todo lo referido a la consecución de los más variados asaltos que la dilatada historia de los britanos haya conocido.

Había sido la de Ernesto una experiencia corta y sin mucho contenido, incluso contando con el inestimable soporte moral del Papa Gregorio, necesitado a su vez de todas las alianzas posibles, una vez que los Sumos Pontífices dejaron en el olvido el Palacio de Letrán y convirtieron la Basílica de San Pedro en el ombligo del orbe católico. En adelante habría que identificar al obispo de Roma con la colina del Vaticano, proceso nada baladí que requería de todos los apoyos posibles ante una mutación de tal calibre. Pero ya nada sonaba igual.

Ernesto se encontraba acomplejado tras el fracaso español en las dos grandes islas de los britanos, por no hablar de las desventuras provocadas en los cientos de islas que defienden el norte de Escocia y los miles de islotes que en el oeste de Irlanda protegen la tierra verde de sus posibles agresores. Había conocido el precio del descalabro tras el revés que sufrieron las tropas hispano-romanas en el sitio de Smerwick y la posterior decapitación del Conde de Desmond, uno de los hombres con más arrojo que Ernesto conoció en su vida. Sin embargo, toda la estrategia operativa se vino abajo gracias a las mil cochinas libras de plata que los Judas del sur de la isla cobraron de Inglaterra por orden de la «Mujer Hereje», traicionando aquellos desalmados a la causa, a sus hermanos y su propia dignidad. El episodio formaba ya parte de la triste historia irlandesa, pero hay cuestiones que la mente humana se niega a dejar en el arcón de los olvidos. A fin de cuentas, la historia de Irlanda es una prolongación de sus mitos por lo que la presencia de la traición tras siete mil años de vicisitudes y acontecimientos con sus altibajos co-

responsdientes, no siempre se trata de una simple leyenda como algunos quieren dar a entender.

Para Ernesto Salvatierra, hacer honor a su apellido no lo era todo. Según una sencilla filosofía de la vida, las personas siempre habían primado sobre los hechos e incluso sobre los terruños y solares por muy patrios que fuesen. Salvar, o ayudar a los seres humanos, formaba parte de su particular divisa, sin olvidar que la caridad comienza por uno mismo, y en casa habían sido criados con el sano vicio de comer, al menos tres veces al día.

En honor a la verdad, ni Ernesto ni sus hermanos habían pasado hambre durante su infancia y adolescencia. No todos sus conocidos podían decir algo parecido. La comarca de Los Pedroches abastecía de todos los alimentos que una familia pudiera soñar para el cubrimiento de las necesidades básicas, aunque ocho bocas... Había momentos que parecían dieciséis.

En cambio, otras necesidades básicas ajenas a la comida sí que habían padecido. Cualquier cosa que no manara del cortijo cordobés era un producto prohibido para la economía doméstica de los Salvatierra-Fajardo o, mejor dicho, de los Fajardo-Salvatierra, como se estilaba en la España del siglo XVI, anteponiendo el apellido materno al del padre, con esa idiosincrasia hispana tan propia de la sociedad del honor.

Los problemas comenzaron cuando seis hermanos, todos varones, se empiezan a dar cuenta de que existe vida más allá de la comarca de Los Pedroches. Que dicha existencia fuera mejor o peor quedaba al arbitrio de cada uno, a la suerte, o a las exigencias de las personas.

Ernesto fue el primero de ellos en dar el paso decisivo «No voy a repetir la triste historia de mi propio padre» —se decía constantemente a sí mismo apenas hecho un mozalbete—. «Tengo que salir de aquí y ver mundo. Necesito desde ya, el triunfo en una vida lo suficientemente larga para hacerse rico, pero increíblemente corta para perderse los muchos placeres que ofrece a los seres más atrevidos» —dicho y hecho.

No había demasiadas opciones para soñar despierto. No obstante, el oficio de las armas ofrecía algunas posibilidades reales para el triunfo personal; no eran excesivas, pero si tan solo una de ellas se presentara ante sí, ahí estaría Ernesto Salvatierra para aprovecharla.

Por eso, desde muy joven, todavía imberbe y nervioso como cualquier candidato a un puesto en lo más alto del escalafón social, se atrevió a dar el paso, una vez superada la oposición materna.

De la misma manera, el muchacho comprendió que tanto los chuscos como el rancho más el bizcocho, ese gran invento gastronómico hispano presente en todas las naves españolas, eran simples tributos que había que soportar a cambio de una posibilidad entre mil puede que entre un millón, para lograr el ansiado éxito. Todas las penas serían pocas si se trocaban unas vidas miserables en una existencia más o menos aceptable, especialmente si se tiene en cuenta que el joven andaluz formaba parte activa de la primera potencia política, económica y militar del mundo conocido. ¡Cómo vivirían los más desgraciados del planeta, Dios mío!, aquellos hombres y mujeres que formaban parte del pelotón de los torpes, de los más pobres, de los más humillados... ¡Y ni siquiera lo sabían!





CAPÍTULO 1

LLEGADA A IRLANDA

El manto negruzco que extendía sus vuelos por la ensenada aquella noche, fría como pocas, húmeda como siempre, amenazaba con embozar por completo todo aquello que presentara alguna capacidad de movimiento. Debido a la oscura majestad de las tinieblas, apenas se intuían los ligeros navíos que ganaban las últimas olas antes de alcanzar las costas de Irlanda. En cambio, de los pesados galeones de la flota, aquellas fortalezas acuáticas que desplazaban sus quillas con tanta lentitud como elegancia, no existían ningún tipo de noticias fidedignas.

Ernesto sabía lo que iba a ocurrir. Como genuino hombre de tierra adentro, serrano montaraz como todos los ejemplares de la sierra más morena de España, el agua era de los cuatro elementos naturales, el que menos le atraía, mucho menos que la tierra, el aire o el fuego, en especial si se trataba de una gran masa de agua, para colmo de los males, salada.

Pese a su carácter continental, Ernesto ho era ajeno al mundo en que vivía, un espacio y unos tiempos donde el «descubrimiento» del mar había originado en la primera mitad del siglo XVI grandes navegantes, conquistadores y descubridores castellanos, extremeños y, en general, hombres del interior que habían oído —y en muy pocas ocasiones leído—, aquellas octavas reales de Torcuato Tasso, unos versos que animaban a cualquier buen cristiano a hacerse a la mar:

«...¡Pues bien, parte! Surca el mar, combate y conquista lo que de-seas...»²

2 Torcuato Tasso: *La Jerusalem liberada*, publicada en 1579 en Génova, tan solo nueve años antes del comienzo de nuestra historia.



Había navegado bastantes millas más que la mayoría de sus compañeros de aventuras, pero ese hecho tan desventurado no garantizaba absolutamente nada. Ya le había pasado en Túnez. Y también cuando vislumbró las islas de Malta, así como en las barras de arena que defendían de manera natural la ciudad de Amberes. Después de una larga travesía, la visión de la línea de costa le haría vomitar de manera irremediable.

El escarnio que de nuevo sufriría por parte de los marinos, desde los más veteranos lobos de mar hasta el último grumetillo de agua dulce que asomara su cabeza por cubierta, sería de época. El hombre de la tierra interior no tenía la culpa. Su organismo reaccionaba de la misma manera ante estímulos similares.

Sin embargo, las cuitas de Ernesto resultaron fallidas en un cincuenta por ciento. La otra mitad del proceso se cumplió con creces. El embrujo que para cualquier observador ajeno a la navegación suponía esa mágica simbiosis entre oscuridad y neblina, permitió la salida de su cuerpo de todos los elementos líquidos, sólidos y gaseosos que pugnaban por brotar del estómago del joven cordobés, algo parecido a como se defienden esos volcanes que se vuelven locos cuando no pueden contener la presión que ejerce en sus tripas la lava ardiente. Por ese lado, acierto pleno. Por fortuna, nadie reparó en él, simplemente porque aquella noche no había hombre capaz de adivinar los dedos que correspondían a cada mano, tal era la negrura que paseaba por los tablones de la cubierta del barco.

El único que en apariencia sabía por dónde desplazaba sus treinta y dos toneladas el ligero patache María Magdalena, era el piloto. En estas condiciones, las cartas de navegación, mal diseñadas y peor cartografiadas pese a la buena voluntad de los geógrafos reales, no servían de nada, excepto para perder el tiempo y la calma; los vigías del palo mayor suponían tan solo un aditamento más o menos decorativo para el pequeño navío, e incluso los tres serviolas que custodiaban la proa y ambas amuras, a babor y a estribor, parecían paralizados cada vez que el vistoso tajamar que aproaba el buque crujía frente a los amenazadores farallones de la costa irlandesa.

Pero nada existe en la mar como la intuición de un piloto. Ni siquiera nuestro experimentado capitán, el vasco Camuñas, se atrevía a dar las pertinentes indicaciones. Sabía política para un marino natural de la villa marinera de Guetaria, criado en Zarauz y apadrinado por el mismísimo

Capitán General de la flota de Guipúzcoa, don Miguel de Oquendo, posiblemente el mejor marino que ha parido España, con más rosarios y devociones en las guardias nocturnas que San Salvador y la Virgen del Carmen cobijados bajo el mismo manto sobre la misma peana.

En un momento de aparente quietud, los cúmulos más bajos decidieron que era el momento oportuno para dejar entrever, al menos por un fugaz instante, la retorcida línea de costa que se ofrecía a los aturridos espectadores. Ayudados por un conato de luna que también quiso entrar en el juego, entre atónitos y asustados, los hombres del patache vislumbraron una enorme estructura medio aparejada junto al pequeño María Magdalena. Sin embargo, en apenas tres o cuatro segundos, el espectáculo tocó a su fin, con lo que el gigante de madera desapareció de la misma manera que había surgido. De la nada.

De nuevo reinaba la más absoluta oscuridad que ofuscaba a toda la tripulación del barco, pero la visión había sido real. Nadie tenía dudas, incluido Ernesto, pese a la lluvia salada que le irritaba los ojos, como aquellos salarios que en épocas remotas cobraban los trabajadores de cualquier oficio: pagos en sal, lo llamaban, solo que aquí y ahora la sal venía remojada con la más desagradable de las aguas que un ser humano hubiera contemplado.

La nave del Capitán Camuñas se había diseñado para servir de enlace a los grandes navíos que surcaban los océanos, pero sus abundantes aptitudes marinerías estaban fuera de toda duda discusión.

Confundida por algunos con un bergantín, asimilada en ocasiones a las goletas, los dos palos del rápido patache garantizaban una gran maniobrabilidad. En ese aspecto no había sobre el mar embarcación más apropiada para el refuerzo de las defensas costeras y la transmisión de órdenes en orden de batalla entre almirantes y capitanes. En cambio, su fragilidad era igualmente manifiesta y el simple roce con las afiladas agujas que sobresalían del mar, erizaban los cabellos de cualquier hombre de a bordo.

Casi todos los marinos conocen perfectamente que después de la tempestad viene la calma, pero son pocos los que hablan en sentido inverso. Eso mismo ocurrió en ese momento.

Las últimas treinta y seis horas de navegación sirvieron en esencia para la confirmación de las capacidades náuticas del patache. El peque-

ño navío había doblado el Cabo Wrath con relativa facilidad, pero mucho antes de que nadie pudiera darse cuenta, nada más rolar hacia el sur abandonando las aguas escocesas, se abrieron los cielos irlandeses ante una hipotética orden que hubiera venido desde arriba. En un santiamén el barco se vio zarandeado en el epicentro de una borrasca que amenazaba con convertirse en la tormenta perfecta. Se desataron los vientos con una fuerza despiadada, la nave empezó a perder el control y comenzaron los giros de aquí para allá sin ningún sentido aparente. Ningún cristiano sabía ya dónde se encontraba.

Una vez disparadas todas las alarmas, el capitán intentó hacerse con el barco y, por tanto, con sus hombres, empezando por disparar una completa sarta de órdenes, escupidas con una sabia riqueza de pausas para la debida asimilación por parte de los tripulantes. Con un abundante rosario de «¡ánimos!», Camuñas añadía algunas preces, insultos y parabienes, en esencia por si algún afortunado lograba salir con vida de ésta situación. Muy ardua se presentaba la empresa.

En uno de los últimos momentos de conciencia que Ernesto recordaba a bordo del patache María Magdalena de la Escuadra Guipuzcoana, la renovada visión de un gigantesco galeón amurado a sotavento de su frágil navío, solo se vio rota por los gritos de Camuñas que repetía una y otra vez: «¡Usad las bombas! ¡Achicad! ¡Achicad!»³.

Ernesto había conocido la furia de los mares en diferentes ocasiones, pero nunca de aquella manera y de forma tan repentina. Tan sorprendente fue la salvaje acometida, que cogió desprevenidos a todos los tripulantes del barco.

En verdad la situación se presentaba tan delicada que hasta el *pater* que acompañaba reglamentariamente al liviano patache, un clérigo con órdenes menores y más pretensiones que devociones, reunió a los veinticinco hombres del navío, entonó algo parecido a una lúgubre letanía improvisada no demasiado ortodoxa, y pidió al Altísimo una muerte digna y sobre todo rápida. No resultaba muy apetecible concluir una existencia, por muy pecadora que fuese, en aquellas frías aguas, pero mucho menos atractiva parecía la idea de servir de alimento a aquellas salvajes huestes que merodeaban con ahínco las costas atrayendo a las víctimas con sus fogatas y linternas.

³ Ver *Irish Black*, del mismo autor.

Las malas lenguas —por muy pérfidas que sonasen casi nunca inducían al error—, aseguraban que aquellas criaturas comían de todo y no hacían ascos a nada de lo que ellos consideraban como un tipo de carne perfectamente comestible, asimilable a la de cualquier mamífero plantígrado y, por qué no, sabroso.

Las súplicas fueron escuchadas con prontitud pese a que el cielo no parecía estar por la labor.

En uno de esos momentos en que truenos, rayos y relámpagos se entrecruzan en una lucha atroz por la supremacía en el firmamento de cualquier tormenta, nuestro *pater* salió despedido de manera brutal por la banda de estribor. Fue la última vez —recordaría Ernesto toda su vida— que observó el vuelo de una sotana en su ya larga y dilatada existencia, y eso que más de ciento ochenta padres dominicos velaban por la salud espiritual de los hombres de la Grande y Felicísima Armada, irónicamente bautizada por los herejes anglicanos como «Armada Invencible».

No resulta fácil suponer si el mar se tragó al capellán de manera rápida y fácil, o a lo peor, mediante un proceso lento y trabajoso. Tampoco se disponía de claridad suficiente, ni en los ojos ni en la mente, para la búsqueda de un cuerpo en aquella alborotada sangría de todos los demonios, ni el resto de infortunados con más fortuna que el *pater* se hallaba para otros menesteres que no fuera el intento desesperado por agarrarse a cualquier cosa que se encontrara a mano.

Los hombres salían escupidos del patache en una sucesión casi rítmica. Se diría que hubiese un acuerdo no escrito para la elección del momento oportuno para saltar por la borda, pero no era así. Ni se respetaba la vez ni mucho menos la antigüedad en el escalafón. De hecho, ni siquiera el propio capitán esperó el preceptivo último turno que lleva aparejado el cargo; muy a su pesar fue a reunirse con el *pater*, o en algún lugar cercano donde el fraile luchaba con las aguas, en un abrir y cerrar de ojos. Antes de asimilar lo que estaba pasando, el barquito era un recuerdo, pero, extrañamente, Ernesto no fue a parar al mar. Cuál no sería su sorpresa cuando de pronto se vio arrojado a otra cubierta, grande y muy lustrosa, como llegado del cielo, pero empapado del líquido elemento. Toda la madera se encontraba repleta de cuerpos que pugnaban por agarrarse al agua como último intento para su salvación. El grado

de desesperación del ser humano no conoce de límites, y en ocasiones, el hombre piensa que hasta dicho acuoso elemento puede suponer un buen soporte salvavidas. Cualquier cosa antes que la muerte. Ilusos.

Pero su nuevo aposento duró poco, justo el tiempo suficiente para que el galeón se partiera en dos, en tres o en miles de fragmentos, grandes, pequeños e ínfimos, que con total indiferencia pretendían cubrir cientos de millas de la costa de Hibernia con millones de recuerdos ibéricos. Sin apenas tiempo para asimilar la rápida sucesión de acontecimientos, Ernesto tan solo comprendía que su cuerpo, todavía de una pieza —esa era la parte positiva—, saltaba por los aires como las gaviotas que acechaban el mar con incredulidad ante el inaudito espectáculo repleto de competencia desleal que contemplaban las pobres aves.

El siguiente brinco, ahora sí, dio con sus maltrechos huesos en la frialdad del océano, con la escueta compañía de un gran maderamen que lo arrastraba del brazo como una pareja de inseparables enamorados que hubieran elegido una bonita zambullida como alternativa al baile de la muerte. El vistoso armazón de manera noble, diseñado para el cumplimiento de más ilustres objetivos, era tan largo como el naufrago, y casi tan ancho, lo que con toda probabilidad le estaba prolongando la vida, minuto a minuto.

Ernesto Salvatierra ya no albergaba demasiadas dudas. Ahora empezaban a encajar algunas de las piezas del rompecabezas. Casi seguro, la visión había tomado cuerpo, y... ¡qué cuerpazo, Dios mío! Se trataba de La Trinidad Valencera de don Alonso de Luzón, segundo galeón de la Escuadra de Levante, un enorme navío diseñado como colosal buque mercante veneciano, y reformado de manera suntuosa para tan gran ocasión, que, haciendo aguas, había quedado rezagado del buque insignia de don Pedro Valdés: Nuestra Señora del Rosario.

El joven cordobés había escuchado en los muelles de Lisboa que La Valencera desplazaba unas mil cien toneladas, cifra increíble para un barco de la época, más de treinta veces el registro bruto de su patache, pero en esos fatídicos instantes ambos barcos luchaban contra los elementos de igual a igual.

Los navíos se tuteaban con un lenguaje grosero intentando convencer al océano para que no abortara sus muy ilustres linajes; la pseudovisión —ahora estaba seguro— se trataba en realidad de una de la veinte-

na de las joyas de roble y pino que formaban la Galiflota⁴ de la Grande y Felicísima Armada, un barco dotado con más de cincuenta piezas de artillería entre culebrinas y cañones, varios pedreros y algunos morteros, montadas todas esas pesadas armas de fuego sobre unas cureñas provistas de ruedas; estos armazones móviles se acoplaban a un soporte que a su vez se adaptaba a las troneras de las bandas de babor y estribor, al menos en teoría, pues en el mismo instante en que la mala mar aparecía, se desplazaban peligrosamente por la cubierta de La Valencera, así como por la del resto de los galeones, como esos carros tirados por caballos alocados que espantan a cualquiera que se atreve a pasar por su lado, no distinguiendo entre amigos y enemigos.

Acostumbrados la mayoría de los hombres a las faenas marineras en el Mar Mediterráneo, la presencia de unas aguas aterradoras envueltas en la bruma permanente producía en las tripulaciones esa especie de pánico a lo desconocido. Pese a la prohibición de la existencia del miedo en cualquier integrante del ejército de las Españas, cualquier soldado o marino de la Armada conocía mejor que bien que más allá de esas rocas picudas sobresalientes de un mar en extremo embravecido, podría haber auténticos «mares-santos» de descanso eterno a poco que el temporal decidiera que había llegado el final de los sufrimientos para tantos hombres de armas.

Una cosa era bailar con el príncipe de las tinieblas y salir con vida del envite, hecho repetido casi a diario por todos los guerreros con suerte, aliados de la fortuna, y otra muy diferente, que la muerte se encaprichara de un hombre sencillo y sin recursos para el ofrecimiento de un pacto de no agresión. Nunca se olvida la primera vez en cualquier tipo de experiencia, pero cuando te enfrentas a la muerte sin haber conocido la vida en todo su esplendor, esperas la llegada a buen puerto y que tu naufragio no se convierta en la más miserable de las tumbas. En cualquier caso, aún podría ser peor.

La presencia de una pequeña porción de tierra firme a la vista, implicaba en una mente humedecida por varios meses de mala mar, una posibilidad de salvación, remota pero viable, a fin de cuentas. Sin embargo, hacia occidente tan sólo se encontraba eso, el temido y misterioso oeste, el umbral del mundo que marcaba la incógnita tierra de

4 Galiflota: flota de galeones españoles, que escoltaban al grueso de un convoy.

Thule, no apta para la vida de los seres humanos, con un frío y despiadado océano sin fin, gélido o congelado —decían algunos aprendices de profetas—, rodeado todo ese espacio marítimo por una masa ingente de hielos eternos, si es que tal prodigio era posible para las mentes de unos jóvenes hispanos, defensores y usuarios del botijo mucho antes que de las nieves perpetuas; no era el momento oportuno para cualquier tipo de fantasías infantiles que en esos momentos de zozobra nadie deseaba rescatar de la época de los cuentos escuchados durante la más tierna niñez.

«Cuando en las frías noches del invierno irlandés, largo y duro como pocos, oscuro como boca de lobo y húmedo como la misma mar oceánica, las lumbres se convierten en hogueras y en ocasiones hasta en amables chimeneas, no me abandona a mí mismo, Ernesto Salvatierra y Fajardo, Alférez de los Tercios Españoles, el recuerdo de los cuatrocientos trece compañeros del gigante de madera, mi último destino involuntario, que dieron su vida a cambio de una estéril idea, por muy imperial o real que ésta resultase ante la filipina mente del monarca.

No olvido con facilidad a mis veinticinco camaradas del pequeño patache María Magdalena, ninguno de los cuales ha dado señales de vida durante mi forzado y frígido exilio en estos parajes hibernienses. Sueño conque al menos una sola de las leyendas rurales que a menudo se escuchan por la isla, tenga alguna posibilidad de arribar al puerto de la realidad; en ese caso sería el hombre más feliz del mundo; solo pido al Todopoderoso que uno solo de mis hermanos de armas haya corrido la misma suerte que yo, encontrando el necesario cobijo entre estas sencillas gentes, brutalmente fieles a sus ideales de siempre, que tienen a diario como única ilusión y escaso entretenimiento en esa vida tan difícil, la defensa de sus tierras y por lo tanto, el hostigamiento en toda la expresión del término a todo aquello que huelga a cualquier tipo de aroma inglés.

Tampoco es mi deseo dejar en el olvido a algún que otro gentilhomme y a unos cuantos amigos, compañeros del acero y de la pluma, de los que no supe absolutamente nada desde aquel *annus horribilis* de 1588; se trata, o a lo peor se hace necesario decir, se trataba, de hombres de fe, de mucho temple y mayor arrojo, personas de calidad como los almirantes

Don Juan Martínez de Recalde o Don Martín de Bertendona; como Don Alonso de Luzón, comandante del Tercio de Nápoles; como los capitanes Don Alonso Martínez de Leyva, Don Francisco de Cuéllar o Don Rodrigo Lasso.

De la misma manera, mi memoria devuelve la imagen —como esas olas repletas de resaca—, de los rostros espigados de los poetas Félix Lope de Vega o Alonso de Barros, más el de tantos y tantos amigos con algún oficio y escaso beneficio desde la época de mochileros de los Tercios, el más bajo peldaño de la soldadesca española, entre los que destacaban Diego Pimentel, Pedro Blanco o el mismísimo Diego de la Barra —aunque la lista se haría interminable—, quienes embarcaron como yo mismo en una huida hacia adelante por los más variados motivos que en estos momentos ya no vienen al caso, pero que soñaban en convertir en realidad una sola ilusión compartida por todos y cada uno de nosotros: salir del penoso anonimato ibérico en que nos hallábamos por aquellas fechas, y en adelante, pasar a formar parte del excelso catálogo de los personajes que son algo o alguien en la vida, en cualquier rincón de las cuatro esquinas de los cuatro continentes que configuran este bendito mundo en el que los seres humanos nos movemos⁵.

Cuando el mismo don Miguel de Cervantes recorría las tierras del sur peninsular recaudando gabelas, impuestos y tasas varias desde su puesto del Comisariado del Trigo para la ejecución de la mayor empresa organizada en este mundo hasta la fecha por el Rey Segundo de los Felipes, jamás mente alguna, por retorcida que fuese, pudo imaginar el luto colectivo que provocaría por todas las Españas la muerte o desaparición de tantos miles de criaturas a lo largo y ancho de nuestra querida piel de toro.

Sin embargo, si aún en mi ignorancia alguno de aquellos valientes consiguió en las tierras irlandesas su propósito, acogido al asilo que todo refugiado de la guerra merece por su condición humana, seguro como que hay Dios en los Cielos, que se hizo digno de la recompensa. En cuanto al pobre viejo que tienen frente a ustedes, a estas alturas de mi existencia, con muy poca vida por delante y demasiada por detrás, me considero hartamente recompensado con una historia repleta de aven-

5 Oceanía no fue conocida en Europa hasta el año 1606 cuando Pedro Fernández de Quirós llamó Austria del Sur (Australia) a todas las islas meridionales del Océano Pacífico en honor de la dinastía Austria, reinante en España.

turas bien diferentes de las que había imaginado al enrolarme tan joven hace ya... demasiados años.

De manera que, si en el transcurso de este relato que configura la mayor parte de mi vida, apareciera alguna sorpresa rompiendo los moldes anteriormente expuestos, mi alegría sería infinita. Pero no adelantemos acontecimientos al paciente lector, ya que el devenir de una narración histórica como Dios manda, está marcado por unos ritmos que los testimonios personales no pueden o al menos de deben precipitar. De manera que *Is é seo mo scéal*⁶. Esta es mi historia».

⁶ *Is é seo mo scéal*: Esta es mi historia. Frase con la que suelen comenzar los padres y abuelos los relatos de las sagas o leyendas en Irlanda.